

La vida como ficción

HAY novelas que llegan en momentos especiales, que llegan cuando vives episodios o situaciones que hablan de ti o de lo que te rodea. Son obras que transmiten una sensación de autenticidad que pocas logran y permiten también ver la madurez de un autor, su evolución y la depuración de un estilo y unos temas. Creo que es el caso de *Lejos de Kakania*, tercera novela de Carlos Pardo, publicada, como las anteriores, en la editorial cacereña Periférica, y que ya tuvo un avance con un capítulo publicado en esta misma revista en su número 127 (junio-octubre de 2018). Tras *Vida de Pablo* (2011) y *El viaje a pie de Johann Sebastian* (2014), con las que conforma y cierra de algún modo una trilogía (aunque cada una de ellas es independiente y autónoma y así se pueden leer), Pardo consolida una de las más destacadas trayectorias del panorama literario actual, en el que también ha destacado en la poesía (*Echado a perder, Los allanadores*) y en la gestión cultural.

Quizás resulta algo innecesario debatir sobre si es una novela de «autoficción», biográfica o autobiográfica, si pertenece o no su autor a una generación literaria determinada (que algunos llaman «no generación» o «generación inexistente»). Tampoco creo que debamos detenernos en si los perfiles de los personajes reales que aparecen en la novela (Martín López-Vega, Luis Antonio de Villena o An-

drés Neuman, por citar solo unos pocos) se ajustan o no a la *realidad*, porque de lo que se trata realmente es de olvidar los marbetes externos con los que en muchas ocasiones queremos acotar esa realidad que nos resulta inasible, muy extensa y variada, y dejarnos guiar por una historia que comprende diversos tiempos y narradores, que incluye un poema largo –y los interesantes apuntes sobre qué es un poema largo– en una sección que da nombre a la novela. Se observa un poso en la manera de contar la narración, en los pasajes más reflexivos y un dominio cada vez mayor del diálogo –que es el eje vertebrador de la novela–, además de claridad en la organización de la trama, que tal vez en su anterior obra no se conseguía plenamente.

La novela narra una amistad a través de los años, con los acercamientos y distancias que se establecen entre dos personajes que subliman sus vidas a través de la literatura: Carlos y Virgilio. A través de ellos y de los diálogos que entablan asistimos a una constante búsqueda de identidad (poética y personal) en el mundo, cuando ambos ya no son tan jóvenes y cuando los fuegos fatuos de las envidias y celos literarios de la juventud son ya solo un recuerdo vano. Y es que uno de los temas principales de la novela es la crítica y la mirada ya desencantada hacia las controversias y camarillas del mundo poético, con no poca dosis de pose y pedantería entre sus miembros. Pero también se cuenta el progresivo

desencanto –o más bien serena aceptación, sin impostura ni estridencia– con eso tan manido que llamamos la vida, en un arriesgado juego de espejos entre realidad y ficción (o *autoficción*) del que la novela sale muy bien parada. Y es que creo que uno de los hallazgos de esta novela es, además de esa mezcla de ficción, realidad, autobiografía ficcionalizada o como queremos llamarlo, la adquisición de un tono y una pausa en la parte narrativa, que contrasta vivamente con la rapidez y agilidad de los diálogos, que exudan algo tan difícil como es la *verdad*.

Porque lo que se cuenta es cómo es nuestra identidad –la de Carlos y Virgilio– en una época, la nuestra, de sobreexposición en redes sociales y otros instrumentos que, más que mostrar cómo somos, distorsionan lo que los demás perciben de nosotros. Y esa forja de una identidad lo es a través de tres claves dentro de la literatura universal, como son la amistad y el viaje (en este caso por Centroeuropa, por la Kakania de Robert Musil en *El hombre sin atributos*), además de la formación del artista (literato en este caso). Es en estos pasajes y en los que transcurren en el pueblo de Cerrillo donde se da rienda suelta a la memoria, a la evocación irónica, pero al mismo tiempo nostálgica, del pasado de ambos personajes con calas de un diario. Y esos dos sitios (Kakania, como traspunto del Imperio Austrohúngaro, y Cerrillo), además de los recuerdos de Granada, Córdoba, Madrid y otros lugares, crean un espacio simbólico en el que se produce una progresiva pérdida de un ideal, de una ilusión de juventud de la que solo queda la amis-

tad entre los dos personajes, con sus idas y venidas, sus frustraciones y su desencanto. El viaje a Kakania que emprenden los dos, ese lugar del que proceden buena parte de los referentes culturales de los dos protagonistas, resulta largo y decepcionante, una muestra de que aquello que queremos e idealizamos no existe o lo es en una forma distinta. Ambas claves –el viaje y la amistad– van de la mano y completan a la tercera clave, que es la formación del escritor, pues son numerosas las alusiones a las lecturas (variadas, de la alta cultura y también menos conocidas), las películas o las conversaciones en lugares cerrados (incluso la del viaje en autobús a Cerrillo es un sitio cerrado), en viajes alrededor de una habitación. Es una manera de entroncar con las novelas de aprendizaje que tanta fortuna han tenido en la literatura, sobre todo en el siglo xx. A estas ideas hay que añadirle una necesaria mezcla de ternura hacia los personajes, pero también de crueldad (más de esto último), incluyéndola hacia su *propio* personaje (Carlos), hacia ese mundillo literario que se toma demasiado en serio y que resulta, las más de las veces, una feria de las vanidades, y también hacia la propia familia (tema central de la anterior novela), que se va descomponiendo y desgajando poco a poco. Pero es que la vida es eso: una continua decepción, un ir despojándose de los asideros que nos han ido sosteniendo durante nuestros primeros años.

Nuestra vida está hecha de ficciones, que muchas veces son mejor que la vida que llevamos, que casi siempre nos decepciona ante la realidad, sea

esta la que sea. De dar cuenta de esa derrota puede dar testimonio la novela, en su multiplicidad de formas, juegos y espejos. *Lejos de Kakania* cuenta una historia de dos amigos –muy del cine de Hawks, por cierto– pero también la de dos *inadaptados*, dos perdedores (a su manera) que sostienen sus vidas sobre dos pilares: su cultura y la amistad. La primera de ellas no sabemos muy bien si nos puede salvar (cada vez menos) y casi termina

siendo lo que sobrevive de un sistema y un edificio sólido pero imperfecto que era (o es) Europa y en el que muchos nos hemos formado y creído; la segunda, en cambio, es quizás lo único que, pese a sus defectos, problemas y vaivenes, nos sobrevive. –PEDRO MORENO PÉREZ.

Carlos Pardo, *Lejos de Kakania*, Cáceres, Periférica, 2019.

Poética del cuerpo

LAS ciencias experimentales hacen una descripción del cuerpo como una realidad física, tan tangible como ponderable, y proponen una descripción básica cuando hablan sobre el complejo organismo en el que desempeñan un papel relevante las disciplinas que describen procesos relacionados con lo corporal y lo mental: estudios de biología, medicina, farmacología, psicología, química, o por extensión ese concepto literario que nos sumerge en la historia del pensamiento filosófico como evidencia de una notoria preocupación analítica sobre la problemática del cuerpo humano, que reivindica su propia libertad, un punto de encuentro que, según Andrés Neuman, es lo más primitivo y lo evidente. Para el autor es el espacio de nuestras certezas, nos regala una fantástica reflexión

que roza la fábula sobre nuestra forma de mirar y de ser mirados, de desear y de ser deseados, de amar y ser amados; así *Anatomía sensible* (2019) se convierte en ese libro evidente donde tacto y oído dirigen el conjunto, responsable de nuestra libertad o de nuestra abnegación, confirma nuestras decisiones a cada paso y desde los inicios de nuestra evidente expresión más comprometida, blanco al que históricamente apuntan las represiones.

Andrés Neuman (Buenos Aires, 1977) construye un discurso propio sobre la autopercepción, capacidad que nos lleva a reconocer nuestras virtudes y defectos, a discernir sobre nuestro estado afectivo. El concepto de la autopercepción es subjetivo, discrepa con la realidad en tanto concepto desvirtuado de lo que somos, o de nuestra forma de mirarnos, y de esa propecta relación que, con el tiempo,